

El *Quijote* como justificación ética y estética de la lectura

Guillermo Serés

Universidad Autónoma de Barcelona

En el *Prólogo* del *Quijote*, Cervantes recuerda su paternidad intelectual del libro, pero también parodia cómo engendra a sus criaturas, don Quijote y el libro mismo. De paso, busca la complicidad del lector, advirtiéndole de que la obra, en tanto que producto ingenioso y no sujeta a un modelo clásico, es un muy peculiar e inclasificable hijo de su entendimiento. Defiende la prioridad de la lectura como entretenimiento, liberándola de responsabilidades morales, y barra el paso a lectores como el mismo don Quijote, que, lejos de conciliarlas, equiparan o confunden historia y ficción. Nos conduce, en fin, al centro de la polémica sobre la justificación ética de la literatura de ficción, dando voz a la realidad menuda y cotidiana.

Palabras claves: Parodia ; Realismo ; Lectura ; *Don Quijote de la Mancha* ; Ética ; Estética.

Don Quixote as an ethical and aesthetic justification of reading

In the foreword to *Don Quixote*, Cervantes reminds the reader of his intellectual paternity of the book, but he also parodies the way in which he engenders his creatures, don Quixote and the book itself. At the same time, he seeks the complicity of the reader, stating that the work, considered as a work of the imagination, not subject to a classical model, is a very peculiar, unclassifiable product of his intellect. He defends the priority of reading as an entertaining activity, liberating it from moral responsibilities, and blocks the way for readers like don Quixote himself, who equates history and fiction, or confuses them with one another, instead of allying them. He takes us to the centre of the debate about the ethical justification of fiction, giving voice to a minute, everyday reality.

Key words: Parody ; Realism ; Reading ; *Don Quixote of La Mancha* ; Ethics ; Esthetic.

El siempre riguroso Cristóbal de Villalón expone su paternidad intelectual del *Escolástico*¹ como fruto de la *imitatio* compuesta y vinculándola a la *inventio* (“revolviendo muchos libros, buscando muchas invenciones”) y a la *dispositio* (“entremetiendo agudezas, historias y antigüedades”), para afirmarse en su idea de que el “glorioso galardón” de la fama conseguida por “las buenas letras y escriptura” es también la garantía de inmortalidad:

No me desdeñaré en me loar, que en estos mis cuatro libros (aunque pequeños) estuve diez años en los escrebir, trabajando con mis posibles fuerzas por sacar la muestra de todo mi saber, revolviendo muchos libros, buscando muchas invenciones, entremetiendo agudezas, historias y antigüedades para más le perfeccionar. Éste es mi único hijo, puesto caso que otros engendré, pero éste tiene la mejora de mi caudal. Si él fuere rico, yo se lo di, y si fuere pobre, no tuve más. Si con su gracia y saber aplaciere, será la gloria de su padre, y regocijarme he por haber acertado en cosa que me dé glorioso galardón, pues las buenas letras y escriptura suelen ser divino bálsamo con el cual se conservan los hombres incorruptos por tiempo eterno.² (5-6)

En su “Prólogo” a la primera parte del *Quijote*, también Cervantes recuerda dicha paternidad, pero en seguida la parodia. A tal efecto trae irónicamente los procedimientos inventivos y compositivos que recordaba Villalón, pero troquelándolos en su particular ingenio “estéril y mal cultivado”:

quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera

¹ Sobre el tópico del libro como hijo intelectual, véase el clásico estudio de Curtius (1948/55, 196-198); en general, Weimann (1983); para nuestras letras, el del llorado Porqueras (1968, 13-14).

² Actualizo las grafías.

imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden naturaleza, que en ella cada cosa engendra a su semejante. Y, así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? . . . Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires.³ (I, 9-10)

Dotado de tan particular ingenio, engendra a sus particulares criaturas, el personaje y el libro, cumpliéndose en las dos, simultánea y recíprocamente, el axioma, no menos parodiado, de que cada cosa engendra su semejante, como leería en la *Física* aristotélica o en algún libro de su progenie.⁴ De modo que don Quijote es otro hombre de ingenio, como el propio Cervantes, otro creador melancólico; comparte con él la sequedad de los humores que deriva de la combustión provocada por el calor de la imaginación (como decían los médicos contemporáneos), porque el personaje también está “lleno de pensamientos varios”, es decir, dispersos, no sujetos a disciplina. Las dudas, desengaños y humillaciones de la segunda parte desactivarán su imaginación y, en consecuencia, enfriarán su temperatura cerebral, derivando en la crisis melancólica final.

³ Sobre el prólogo en general han aparecido unos cuantos trabajos últimamente; los más destacables son los de Presberg (1995), Bognolo (1998), Stoopen (1999), Díaz Migoyo (2001) y Pérez López (2002); véanse también los monográficos de Fajardo (1994a y 1994b). Complétese con Endress (2000, 149-171).

⁴ Marasso (1947/54, 230-231), Rosenblat (1950), Garrote Pérez (1979). Otros críticos (Cascardi 1986 y Rodríguez Vecchini 1999) ven en la frase cervantina que nos ocupa una variación del concepto de mimesis renacentista, base, según ellos, de la composición mixta del *Quijote*.

Se induce que el título otorgado a uno de sus hijos, “ingenioso hidalgo”, es el propio de un hombre melancólico, de pensamiento agudo, de fino entendimiento, como le corresponde al que frisa los cincuenta años, y por estar en la primera vejez es capaz de ser un hombre reflexivo y discreto, un hombre ingenioso, como recuerda Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*:

El entendimiento tiene su principio, aumento, estado y declinación . . . tiene todas las fuerzas . . . desde treinta y tres años hasta cincuenta, poco más o menos; en el cual tiempo se han de creer los graves autores . . . Y el que quiere escribir libros lo ha de hacer en esta edad, y no antes ni después, si no se quiere retractar ni mudar la sentencia. (Serés, ed. 1989, 436)

Un hidalgo que, además, ha aplicado su inteligencia a diversos campos del saber, por ello sabe tanto y puede enhebrar reflexiones y comentarios profundos. Que no sólo es ingenioso por su edad y la complexión colérico-melancólica (“era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro” (37)), que le inclinaba a ser imaginativo,⁵ también porque no había estudiado, o sea, porque no había formado ni metódica ni científicamente su cerebro.⁶ La anarquía de sus lecturas sólo ha sido pábulo de la imaginación, no del intelecto; o sea, del ingenio, no del juicio. Aparte su temperamento imaginativo, don Quijote lee los libros de caballerías con fruición, haciendo intervenir la imaginación y, por tanto, la pasión, la emoción, la vivencia inmediata. Por esa misma implicación emocional sus lecturas han calado más

⁵ Véanse Iriarte (1948), Green (1957), Avalle-Arce (1976, 114-126), Halka (1981), Serés (1989, 46-48) y Combet (1996).

⁶ Porque “el que ha de aprender latín, o cualquiera otra lengua, lo ha de hacer en la niñez . . . En la segunda edad, que es la adolescencia, se han de trabajar en el arte de raciocinar . . . Venida la juventud, se pueden aprender todas las demás ciencias que pertenecen al entendimiento, porque ya está bien descubierto” (Huarte, en Serés 1989, 449).

hondo.⁷ Durante la lectura bulle la imaginación, la falta de sueño seca el cerebro, decían los médicos galénicos. Una sequedad, que, reforzada por el calor canicular y la propia cólera de su temperamento, produce en el héroe cervantino una destemplanza caracterizada por una profunda lesión de la imaginativa:

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. (I, 1)

De donde se sigue un agudo contraste entre el vagabundeo desenfadado de la imaginación, mientras lee y recuerda lo leído, y el buen funcionamiento de la actividad intelectual, intacta o incluso reforzada por su temperamento melancólico, que al final (y sólo al final) del libro se va a imponer definitivamente:

Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda [“lectura”] de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa [“compensación”] leyendo otros que sean luz del alma. (II, 74)

Sobre la paternidad del otro hijo, el libro, Cervantes parece darle la vuelta a aquel lugar clásico de la concepción intelectual citado al principio: frente a la vocación intelectual

⁷ “En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio” (Cervantes I, 1).

tual de Villalón, que prologa una obra “seria”, el autor del *Quijote* busca la complicidad del lector, advirtiéndole de que la obra que encabeza el prólogo, en tanto que producto ingenioso y no sujeta a un modelo clásico, es un muy peculiar e inclasificable hijo de su entendimiento. Por otra parte, al fingirse meramente editor de una historia redactada en los “anales de la Mancha” por Cide Hamete Benengeli o por otros autores, Cervantes confiesa, zumbón, que “aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote”. Pero no por eso, continúa diciendo,

quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, que ni eres su pariente ni su amigo, y tienes alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado . . . ; todo lo cual te esenta y hace libre de todo respecto y obligación, y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della. (I, 10)

Al defender esta prioridad de la lectura como entretenimiento y liberar al lector de responsabilidades, está barrando el paso a los lectores como el mismo don Quijote, que, lejos de conciliarlas, equiparan o confunden historia y ficción. De no ser asumida en aquellos términos, la lectura de ficciones podía ser muy peligrosa. Así lo advertían los moralistas de su tiempo y lo sabe el propio Cervantes, poniéndolo en boca del canónigo:

¿Y cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises..., tanto género de encantamientos, tantas batallas... y, finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento;

pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared... Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven a turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos. (I, 49)

Por ello mismo, haciendo triaca del propio veneno, convierte el *Quijote* en escuela de lectura, otorgando al lector una responsabilidad compartida.⁸

Cada género impone sus condiciones y circunstancias de lectura, cree Cervantes, y el *Quijote* también es el lugar para explicarlas. Siempre desde el axioma de que la ficción crea un discurso nuevo, que también exige un lector nuevo, como exponía en el prólogo a las *Novelas ejemplares* y en el epílogo, o sea, en los párrafos finales de la última novela-díptico, el *Casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros*, donde nos decía que no importa saber si los perros hablaron o no, porque es una ficción, donde lo que realmente cuenta es el artificio y la invención, para emocionar, evocar y propiciar que acompañe la imaginación. No hay que leerla como si fuera verdad, tal como hace, insisto, don Quijote.

Por todo ello, Cervantes, el inventor de la novela moderna, confía en que el lector sepa diferenciar historia de ficción, o que ésta sea leída e interpretada como tal. Así lo expone en el prólogo a la primera parte del *Quijote*, aquilatando el contenido del libro con advertencias a los futuros lectores, subrayando su objetivo prioritario de entretener: “procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el

⁸ Parece corroborarlo López Pinciano, por boca de Fadrique: “La Poética, como parte de las [ciencias] filosóficas, es noble, noble por la virtud que enseña y noble por la universalidad de la gente que de las obras de ella se aprovecha y noble por la universalidad de las materias que toca, como otro día se verá. Y no vale decir: es mentirosa facultad (con esto respondo a la objeción rato ha puesta), porque, en la verdad, adelante se verá cómo hay mentiras oficiosas y virtuosas. Y en tanto que esa razón llega, digo que no es todo falso lo que dice el pandero y que hay muchas cosas en la Poética, y palabras también, que parecen mentirosas, y no lo son, porque las cosas en lo literal falsas, muchas veces se miran verdaderas en la alegría” (I, 162).

simple no se enfade ni el prudente deje de alabarla”. Porque la lectura, sus condiciones y sus secuelas son algunas de las grandes preocupaciones de la época. Y a pesar de los preceptistas y de los moralistas, la narrativa de ficción, que tanto gustaba a lectores de toda laya (¡incluido Juan de Valdés!),⁹ era una realidad que iba más allá de los axiomas de la *Poética*, impregnaba incluso la historia,¹⁰ y, por supuesto, era perfectamente utilizada por la literatura espiritual. Cervantes cree haber encontrado la solución y la expone sucintamente en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, la lleva a la práctica en el *Persiles* y la ejemplifica *ex contrario* en el *Quijote*.

También pone Cervantes en boca de don Quijote dos argumentos definitivos para sopesar la recepción del hijo del entendimiento cervantino: la “apariencia de verdad” de la novela (inaugurado en nuestras letras y en las universales por el autor del *Lazarillo*) y el placer que se obtiene de “su leyenda” (lectura):¹¹

— Todo puede ser —respondió el canónigo— . . . no por eso me obligo a creer las historias de tantos Amadisés . . . ni es razón que un hombre como vuestra merced . . ., dotado de buen entendimiento, se dé a entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

— ¡Bueno está eso! —respondió don Quijote—. Los libros que están

⁹ Que se lamentaba en el *Diálogo de la lengua* (1535) de haber perdido los diez mejores años de su vida en la lectura de esas “mentiras”, incluso añadía en seguida (¿en su descargo?) que tan estragado tenía el gusto, “que si tomaba en la mano un libro de los romanzados [‘traducidos’] en latín, que son de historiadores verdaderos, o a lo menos que son tenidos por tales, no podía acabar conmigo de leerlos”. De particular interés me parece esta confesión, pues Valdés nos daba cuenta del insalvable aburrimiento que producían en los curiosos lectores del Renacimiento español esos libros prestigiosos y antiguos, historiográficamente impecables, rigurosamente científicos, cuando no repletos de edificantes y ejemplares doctrinas y moralidades.

¹⁰ Cf. Sánchez (1985).

¹¹ Riley (1990, 90) cree que pesa más el segundo argumento, el placer, que el primero, la verosimilitud; pero véase Carreño (1999).

impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros... ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas . . .? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, sino léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda. (I, 50)

Ahí, precisamente, radica el problema, pensaría Cervantes, en que con don Quijote, “el libro, convertido en norma, modelo y pauta de una existencia, se hace hombre” Blasco (1998, 22); tanto, que una de las prioridades del hidalgo parece devolver la vida al discurso dormido de los viejos libros de caballerías. El libro puede acabar “encarnándose”, haciéndose cotidianamente imprescindible, hasta el punto de que la vida ha de ser modelada sobre la pauta de los libros y los libros han de tener la misión de enseñar al lector cómo —al decir de Vives y otros moralistas— *rectius vivat*. Cervantes conoce muy bien el problema y quiere prevenirlo, porque toda la peregrinación de don Quijote en busca de aventuras no es más que “leer” el mundo como los libros,¹² asimilar la realidad a lo leído, transfigurarla librescamente, para que el hidalgo logre vivir lo leído, que se haga verdad su lectura.¹³

Lo conoce bien Cervantes y, aunque no en el grado extremo de don Quijote, de los efectos de la ficción en el lector está plagado de ejemplos el *Quijote*. Así, Dorotea “había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los

¹² Sobre los libros de don Quijote, Baker (1997), Ruta (2000, 29-43).

¹³ “Don Quijote debe colmar de realidad los signos sin contenido del relato. Su aventura será un desciframiento del mundo: un recorrido minucioso para destacar, sobre toda la superficie de la tierra, las figuras que muestran que los libros dicen la verdad . . . [para] transformar la realidad en signo . . . Don Quijote lee el mundo para demostrar los libros” (Foucault 1966/68, 54).

andantes caballeros” (I, 29) y que “muchos ratos se había entretenido en leellos, pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos de mar” (I, 30). La aficción es gradual, pues cada lector tiene sus propios condicionantes:

Y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

— No sé yo cómo puede ser eso . . . que tengo ahí dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días...

— Así es la verdad ³/₄dijo Maritornes— , y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero . . .

— También yo [habla la hija del ventero] escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oírlo . . . de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo. (I, 32)

Cada oyente declara su “lectura” del texto, incluida la ventera, que, aun sin escuchar, aprecia el rato de audición, durante el cual “estáis tan embobados, que no os acordáis de reñir”. Un público semejante a los campesinos “embobados y suspensos” (I, 11) que escuchan la arenga de don Quijote sobre la Edad de Oro; para ellos “todo esto . . . era hablarles en griego o en jerigonza” (II, 19). Se admiran, pero no entienden: “admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería” (II, 58). Cervantes se contra-

dice, en efecto, pero lo que cuenta es su defensa de la lectura o de la audición embelesada, parecida a la del oyente don Fernando:

Calló en diciendo esto el cautivo, a quien don Fernando dijo:

— Por cierto, señor capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en este mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. (I, 42)

La admiración que produce el cuento recuerda la predicada en las *Novelas ejemplares*. Y como en éstas, se requiere la debida armonía y proporción de las partes y de la fábula:

— Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías . . . Y según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atienden, solamente a deleitar, y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fabulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo pueden conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que vece o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante. . . . Pues ¿qué hermosura puede haber o qué proporción de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades? (I, 47)

Cervantes pone en boca del canónigo que en la novela debe entrar una necesaria combinación de capacidad de admirar, verosimilitud y emotividad. Porque, en palabras de Tasso —a quien conocía muy bien Cervantes—, si el arte debe “muovere gli animi con la meraviglia”, la reconciliación de lo maravilloso y admirable con lo verosímil se da modifican-

do levemente la consideración aristotélica sobre la licitud de lo increíble para alcanzar la *admiratio*. Porque “niun si meraviglia di quelli effetti ch'egli non credi veri, o possibili almeno” (448).¹⁴

Cervantes, con todo, se desmarca de los preceptistas haciendo una apología de la libertad compositiva de la novela, fruto, precisamente, de su orfandad teórica:

El cura le estuvo escuchando con grande atención . . . Y contole el escrutinio que dellos había hecho, y los que había condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena . . ., porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, rencuentros y batallas . . ., pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama . . .; aquí un caballero cristiano . . .; acullá un desaforado bárbaro . . . Puede mostrar las astucias de Ulixes, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles . . . y, finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto a un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos.

— Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida . . . que consiga el fin mejor que pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada destes libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso. (I, 47)

Nótese que la llama *escritura desatada*,¹⁵ o sea, no sujeta a las normas genéricas ni al corsé de los estilos ni a la tiranía

¹⁴ Estas ideas también las expone Tasso a lo largo del primero de los “Discorsi dell'arte poetica e in particolare sopra il poema eroico” (347-410).

¹⁵ Está pensando seguramente en Quintiliano, *Institutio oratoria*, IX, 4, donde distingue entre dos clases de estilo: uno bien soldado y conjuntado, y el otro característico de una composición desatada o suelta, como en la conversación: “oratio... soluta, qualis in sermone”.

de la veracidad historicista; siempre, claro, “que tire lo más que fuere posible a la verdad”. Muchos contemporáneos hubiesen firmado la mayoría de asertos teóricos cervantinos, incluidos los que tienden a afirmar que las novelas pueden ser el resultado de la combinación de géneros.¹⁶ Y como la novela es “escritura desatada”, se pueden interpolar cuantos excursos o digresiones se quieran, guardando los cuatro preceptos compositivos, porque para la novela aún no se ha encontrado una fundamentación teórica, sí una práctica: la de *Don Quijote* mismo. Tantos ejemplos hay de esta falta de preceptos teóricos; tantas, en cambio, experiencias de lecturas particulares, que Cervantes opta por tomar prioritariamente en consideración el postulado de que el punto importante es el acto de lectura y la “idoneidad” del lector.

Visto lo visto, la disputa entre moralistas, como Melchor Cano, y preceptistas neoaristotélicos, como el Pinciano, sobre la licitud de la ficción parece resolverla, una vez más, el canónigo toledano, que reduce los problemas de la ficción a una cuestión de “lectura”:

Y si a esto se me respondiere que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados a mirar en delicadezas ni verdades, responderles hía yo que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren. (I, 47)

Es decir, depende del receptor, de su grado de implicación emotiva en lo leído, o de credulidad, de su mayor o menor vulnerabilidad. Al fin y al cabo, la historia de la primera parte del *Quijote* es la novela de un “ingenio” afectado por la lectura; la de la Segunda, la de quienes han leído la primera. Pero, a diferencia de don Quijote, las mentirosas verdades del artista sólo tienen valor en el terreno del *otium* (cf. el prólogo a las *Ejemplares*), nunca en el del *negotium*:

¹⁶ Lo explicó muy bien Riley (1989/2001).

éste es el error de don Quijote en tanto que lector, porque, entre otras cosas, las palabras del narrador no son ya, como en la Edad Media, receptáculos de las verdades; ni tampoco, como en el Renacimiento, expansión de la vida; son, al igual que los libros que las contienen, fuentes de error, de duda, de decepción Durán (1981, 99).

Cervantes nos lleva al centro de la polémica: la justificación ética de la literatura de ficción, dando voz a la realidad menuda y cotidiana, propia de la *novella*, que tanto habían descuidado la historia y la epopeya.¹⁷ “El *Quijote* surge de los esfuerzos de su narrador por dar solución, desde la práctica de la escritura, al dilema teórico (la problemática relación entre la verdad universal de la poesía y la verdad concreta de la historia) más grave que la crítica de su tiempo tenía planteado, así como a la necesidad de hallar acomodo, entre una y otra (poesía e historia), a un género más acorde con los gustos y exigencias del lector moderno” (Blasco 69). El acomodo a que alude Blasco lo pone en boca del propio don Quijote en uno de sus momentos de lucidez:

— Con todo eso —respondió el bachiller—, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote. — Ahí entra la verdad de la historia $\frac{3}{4}$ dijo Sancho.

— También pudieran callarlos por equidad —dijo don Quijote—, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

— Así es —replicó Sansón—, pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna. (II, 3).

La novela cervantina, o sea, la novela moderna, tiene, así, en cuenta al lector y en él se apoya el “padre” de la novela.

¹⁷ Y la novela larga, con mayúsculas; cf. Serés (2001).

Ya lo dice en el prólogo a la primera parte: “procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade ni el prudente deje de alabarla”. A la teoría que predicaban sus personajes (muy cercana a la aristotélica), opone Cervantes la realidad literaria de la época, “convirtiendo finalmente su libro en la novelización de este enfrentamiento” (Blasco 70). O, al menos, en la novelización de la distancia que va de la teoría (distinción aristotélica entre historia y poesía) a la práctica, que se basa fundamentalmente en el gusto de los lectores, en aquellos tiempos tan ansiosos de paladear el realismo del *Guzmán* como de los disparates de las ficciones de toda laya. Ambos extremos caben en el *Quijote* y en don Quijote, ingeniosos hijos del entendimiento cervantino, pero también hijos adoptivos de cada lector particular.

Obras citadas

- Avalle-Arce, Juan Bautista. *Don Quijote como forma de vida*. Madrid: Castalia, 1976.
- Baker, Edgard. *La biblioteca de don Quijote*. Madrid: Marcial Pons, 1997.
- Blasco, Javier. *Cervantes, raro inventor*. Guanajuato: Universidad, 1998.
- Bognolo, Anna, “‘Desocupado lector’: il contratto di finzione nel prologo del primo *Quijote*”. *Atti della v Giornata Cervantina*. Ed. C. Romero Muñoz. Papua: Unipress, 1998. 19-36.
- Carreño, Antonio. “Los desconcertados disparates de don Quijote (I, 50): sobre el discurso de la locura”. *En un lugar de la Mancha. Estudios cervantinos en honor de Manuel Durán*. Eds. G. Dopico y R. González Echevarría. Salamanca: Almar, 1999. 57-75.
- Cascardi, Anthony J. “Genre Definition and Multiplicity in *Don Quijote*”. *Cervantes* VI (1986): 38-49.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Eds. F. Rico et alii. 2 vols. Barcelona: Crítica, 1998.
- Combet, Louis. “*Ingenio et manía: à propos du vers 315 de Fuente Ovejuna de Lope de Vega*”. *Études sur les classiques espagnols*.

- Moyen Âge et Siècle d'Or*. Lyon : Université Lumière, 1996. 271-298.
- Curtius, Erns Robert. *Literatura europea y Edad Media latina* [1948]. México: Fondo de Cultura Económica, 1955. 196-198.
- Díaz Migoyo, Gonzalo. "Antes de leer el *Quijote*: impertinencia prologal y deformación lectora". *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Ed. A. Bernat Vistarini. Palma de Mallorca: Universidad de las Islas Baleares, 2001. 539-543.
- Durán, Manuel. *La ambigüedad literaria del "Quijote"*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1981.
- Endress, Heinz-Peter. *Los ideales de Don Quijote en el cambio de valores desde la Edad Media hasta el Barroco*. Pamplona: EUNSA, 2000.
- Fajardo, Salvador J. "Guiding the 'Idle Reader': The Rethoric of the Prologue to *Don Quixote I*". *Letras Hispanas* I (1994a): 20-33.
- _____. "Instructions for Use: The Prologue to *Don Quixote I*". *Journal of Interdisciplinary Literary Studies* VI (1994b): 55-65.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas* [1966]. México: Fondo de Cultura Económica, 1968.
- Garrote Pérez, Francisco. *La naturaleza en el pensamiento de Cervantes*. Salamanca: Universidad, 1979.
- Green, Otis H. "El ingenioso hidalgo". *Hispanic Review* XXV (1957): 171-193.
- Halka, Chester S. "*Don Quijote* in the Light of Huarte's *Examen de ingenios*: a Reexamination". *Anales Cervantinos* XIX (1981): 3-13.
- Iriarte, Mauricio de. "El *Examen de ingenios* y el ingenioso hidalgo". *El doctor Huarte de San Juan y su "Examen de ingenios". Contribución a la historia de la psicología diferencial*. Madrid: CSIC, 1948. 311-332.
- López Pinciano, Alonso. *Philosophía antigua poética*. Ed. A. Carballo Picazo. 3 vols. Madrid: CSIC, 1973.
- Marasso, Arturo. *La invención del Quijote* [1947]. Buenos Aires: Hachette, 1954².
- Pérez López, José Luis. "Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda". *Criticón* LXXXVI (2002): 41-71.

- Porqueras-Mayo, Alberto. *El prólogo en el manierismo y el barroco españoles*. Madrid: CSIC, 1968.
- Presberg, Charles. "'This Is Not a Prologue': Paradoxes of Historical and Poetic Discourse in the Prologue of *Don Quixote*, Part I". *Modern Language Notes* cx (1995): 215-39.
- Rico, Francisco. "*Rime sparse, Rerum vulgarium fragmenta*. Para el título y el primer soneto del *Canzoniere*". *Medioevo Romanzo* III (1976): 101-138.
- Riley, Edward T. *Teoría de la novela en Cervantes* [1962]. Madrid: Taurus, 1966.
- _____. "La novela de caballería, la picaresca y la primera parte del *Quijote*" [1989]. *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*. Barcelona: Crítica, 2001. 203-215
- _____. *Introducción al "Quijote"*. Barcelona: Crítica, 1990.
- Rodríguez Vecchini, Hugo. "El prólogo del *Quijote*: la imitación perfecta y la imitación depravada". Eds. G. Dopico Black y R. González Echevarría. *En un lugar de la Mancha. Estudios cervantinos en honor de Manuel Durán*. Salamanca: Almar, 1999. 229-259.
- Rosenblat, Ángel. "Glosa cervantina: 'cada cosa engendra su semejante'". *Revista Nacional de Cultura* XII (1950): 92-95.
- Ruta, Maria Caterina. *Il "Cbisciotte" e i suoi dettagli*. Palermo: Flaccovio, 2000.
- Sánchez, Alberto. "Don Quijote entre la historia y el mito". *Lecciones cervantinas*. Ed. A. Egido. Zaragoza: CAZAR, 1985. 95-111.
- Serés, Guillermo (ed.). *Examen de ingenios para las ciencias*. Juan Huarte de San Juan. Madrid: Cátedra, 1989.
- _____. "La poética historia de *El peregrino en su patria*". *Anuario Lope de Vega* VII (2001): 89-104.
- _____. "La defensa cervantina de la lectura". *Silva Áurea*. Eds. J. Farrè y B. López de Mariscal. México: Fondo de Cultura Económica/Instituto Tecnológico de Monterrey, 2004. 67-84.
- _____. "Don Quijote, ingenioso". *Don Quijote de la Mancha ante el IV Centenario de la publicación de la Primera Parte*. Coord. A. Egido. Zaragoza: CAI, 2004, en prensa.
- Stoopen de Morfin, María. "El prólogo al *Quijote* de 1605: autores, lectores, texto". *Cervantes 1547-1997: Jornadas de investigación*

G. Serés, *El Quijote* como justificación ética y estética

cervantina. Ed. A. González. México: El Colegio de México/
Fundación Eulalio Ferrer, 1999. 151-163.

Tasso, Torcuato. *Apologia in difesa della "Gerusalemme liberata"*.
Prose. Milán: Ricciardi, 1959. 411-485.

Villalón, Cristóbal de. *El scholástico*. Ed. José Miguel Martínez
Torrejón. Barcelona: Crítica, 1997.

Weimann, Anthony J. "Appropriation and Modern History in
Renaissance Prose Narrative". *New Literary History* xiv (1983):
459-496.